SOMOS IRÓNICAMENTE POBRES.

Hace relativamente pocos años viajé a Roma, ciudad capital de Italia conocida por su riqueza cultural e histórica, así como nido de las bases del cristianismo católico, por la proximidad con la Ciudad sagrada del Vaticano. Allí es curioso observar las calles de esa bonita pero sucia ciudad y es inevitable bajar la vista y encontrarse pedigüeños refugiados en los portales de las casas u hombres y mujeres hambrientas durmiendo bajo las colchas de cartón.

Para observar este fenómeno de pobreza tampoco hay que irse a países de la otra punta de Europa, como Bulgaria, Rumanía o Grecia (que según *Eurostat* son las regiones con mayor riesgo e índice de pobreza); a menos de media hora podemos observar este mismo suceso en la ciudad de Barcelona, y las descripciones de ambos paisajes que conozco se asemejan bastante.

Muchas veces es irónico pensar que la pobreza es una elección cuando tenemos suficientes evidencias que indican lo contrario: países subdesarrollados ayudados por organizaciones internacionales, tasas del paro disparadas en casi toda Europa, situaciones de exclusión social y rechazo cuando alguien no es capaz de pagar el impuesto o el alquiler debido cuyos precios son cuestionables, etcétera. Aun así, la ironía y la contradicción las podemos acentuar más cuando entramos en la Basílica de San Pedro y nos bañamos en oro pulido y limpio, en las estatuas de mármol perfectamente talladas y en la fe cristiana evangelista que prometía *“tesoros en los cielos”* si *“se vende lo que se tiene y se da a los pobres”* (Mateo 19:21-30). Un altruismo hipócrita y narcisista que se justifica con otro pasaje: *“Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. (...) Pero ¡ay de vosotros los ricos!, porque ya estáis recibiendo todo vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados!, porque tendréis hambre”* (Lucas 6:20-25). Con esta fe, ¡qué fácil que lo pones!

Pero dejando de lado las instituciones políticas y religiosas (que en este caso son casi lo mismo) y sus múltiples propuestas invisibles para ayudas a la dependencia urbana, ahora debemos hablar de otro hecho que ha potenciado la aparición creciente y reciente de la pobreza en España (y en todo el mundo, en general): apreciemos cómo una pandemia vírica ha afectado a millones de empleos, puestos y empresas que han tenido que cerrar por falta de beneficio o por prohibiciones externas; observemos cómo una fiebre ha podido con la vida de cien millones de personas, muchas de las cuales no se pudieron despedir de sus seres queridos y han tenido que fallecer en una cama de hospital solas, con el valor de un número que se suma a una cifra; recordemos las épocas del confinamiento donde todos teníamos una falta de interés y de positivismo por la situación que vivíamos, cuando nuestro estado anímico era tan flexible e impredecible como los bulos rutinarios que se creaban en Internet. ¿Y aún creemos que es su culpa? ¿Que la indigencia es fruto de un deseo de depender del estado? ¿Que las personas que duermen en la calle encima de las rejillas de ventilación de la calzada, de donde obtienen un mínimo de aire caliente en las noches frías de invierno, tienen realmente un chalé a pie de playa pero que se hacen los pobres por puro fanatismo y gusto? ¿Que todos ellos son marginales sin estudios que dependen del alcohol y las drogas, y que por ese motivo te piden limosna?

No se trata de una elección, sino de un remedio inevitable. No se trata de vulnerabilidad, sino de manca de dignidad y confianza. No se trata de protección, sino de discriminación.